

El exilio de los niños: “El zopilote” de Max Aub y los niños de Morelia

Silvia MONTI
Università di Verona

Resumen

A partir del cuento de Max Aub “El zopilote”, centrado en la figura de un minusválido que veinte años antes había llegado a México en una expedición de niños españoles evacuados durante la Guerra civil, este trabajo pretende reconstruir las circunstancias vividas por esos niños, conocidos como los niños de Morelia. Al mismo tiempo intenta dar cuenta de la atención, más bien escasa, que tantos estudiosos como escritores profesionales le han dedicado al tema de los niños evacuados durante el conflicto.

Palabras clave: niños evacuados, niños de Morelia, cuentos de Max Aub, literatura sobre los niños del exilio, “El zopilote”.

Abstract

Starting with Max Aub’s short story “El zopilote”, centered on the figure of a disabled man who twenty years earlier had arrived in Mexico on an expedition of Spanish children evacuated during the Civil War, this work aims at reconstructing the circumstances experienced by these children, known as children of Morelia. At the same time, it attempts to account for the rather scarce attention that scholars and professional writers have devoted to the subject of children evacuated during the conflict.

Keywords: evacuated children, children of Morelia, Max Aub’s short stories, literature on children in exile, “El zopilote”.

“EL ZOPILOTE” Y LOS NIÑOS DE MORELIA

Tenía comida la cara.

– No habla pero oye. Es ciegomudo.

– ¿Se lo comieron las ratas?

– No.

Horrible; viejo.

– Pues no tiene más allá de treinta años. Le llaman el Zopilote. [...]

Se me quedó grabado el ciego carcomido. Además resultó español, aunque parece que no se acordaba. Se lo pregunté al día siguiente [...], se alzó de hombros. Tenía seis años cuando llegó al pueblo. [...]

Vino con un grupo de niños. Sus padres habían muerto en un bombardeo, en Valencia o en Barcelona, no sé: cuando la guerra de España. Cuando llegó aquí, a los dos días, descubrió los zopilotes; echó a correr como un loco, cerro arriba. Debió caer, quedar inconsciente del golpe. Los animales le dejaron come le ve. (387-388)

El anónimo narrador del relato aubiano “El zopilote”¹ resume en estas pocas líneas la historia de un ciego-mudo, con la cara carcomida, que aparenta una edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta, aunque en realidad no pasa de la treintena. No hace falta decir que la figura evocada por estas palabras se imprime en la memoria del lector del mismo modo que se grabó en la del narrador del cuento. No es difícil explicar por qué. Es como si en el desdichado personaje se viera una angustiosa síntesis de las caras más siniestras e insoportables de la guerra y el exilio: eso es, las marcas imborrables que ambas tragedias dejan en los seres más desprotegidos –los niños–. Sabemos que son las imágenes de los niños víctimas de las acciones bélicas las que más impresionan y conmueven a la opinión pública. Bastaría para comprobarlo mencionar la foto del niño sirio ahogado en una playa de Turquía el 3 de septiembre de 2015 o la de la niña vietnamita huyendo –desnuda y con la espalda quemada– del infierno de llamas provocado por el napalm descargado sobre su aldea el 8 de junio de 1972. Pero, hay más: estas breves líneas de Aub no solo nos hacen sentir el sufrimiento de un niño víctima de un destino horrible, sino que nos provocan amargura por la indiferencia, la desmemoria y el olvido que se perciben alrededor de su historia.

Hoy sabemos que el niño que había sido el ciego-mudo, llegado a México a los seis años huyendo de los bombardeos de Valencia o Barcelona, bajo los cuales habían muerto sus padres, bien podía formar parte de una expedición de niños españoles, evacuados en el verano de 1937 y acogidos en México por voluntad del presidente Lázaro Cárdenas, que se conocen como ‘los niños de Morelia’. Sin embargo, saber algo de la historia de estos pequeños españoles que se adelantaron a la llegada a México de los refugiados republicanos en 1939, no aligera por supuesto la honda impresión provocada por el cuento aubiano, sino que le añade más angustia.

¿Quiénes fueron los ‘niños de Morelia’? Fue un grupo de 454 niños (163 niñas y 291 niños)² de entre tres y quince años³, procedentes sobre todo de Cataluña, pero también de Madrid, Valencia y Andalucía, casi todos de familias obreras, algunos de ellos huérfanos. Partieron en tren de Barcelona el 20 de mayo de 1937 para embarcarse

¹ “El zopilote” se publicó por primera vez en *El zopilote y otros cuentos mexicanos* (Aub 1964); se volvió a editar en Aub (1995: 493-494) y en el vol. IV B de las *Obras completas de Max Aub* (Aub 2006: 387-388). De esta última edición proceden las citas del texto. El zopilote es un ave rapaz americana parecida al buitre, aunque de tamaño inferior.

² Estos datos, en Pla Brugat (2003: 168). Otros autores hablan de 455 o 456 niños. Según Mateo Gambarte, que parte del último número, al llegar a México, seis fueron recogidos por sus padres y otros ocho por parientes residentes en México, de forma que se redujeron a 442 (1996: 213-214). La lista de los nombres se publicó en *Ayuda*, el boletín del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español de México, en el n. 3, septiembre de 1937.

³ Según Pla Brugat (2003: 168); entre los cinco y los doce años según Payá Valera citado en Mateo Gambarte (1996: 214).

en Burdeos en el buque francés *Mexique* rumbo a México. El barco llegó a Veracruz el 7 de junio, después de hacer escala en La Habana.

Los niños de Morelia fueron una parte de los miles de niños evacuados al extranjero durante la Guerra civil, un fenómeno que se empezó a conocer y estudiar sólo en las últimas décadas del siglo pasado y que todavía hoy constituye un capítulo menos conocido del exilio republicano. Hablo de exilio porque muchos de estos niños, que se suponía alejados de España por pocos meses, especialmente los que fueron destinados a México o a la Unión Soviética, en realidad nunca regresaron o lo hicieron muchos años más tarde. No he podido dar con la cifra total de las expediciones al extranjero. Alicia Alted Vigil, una de las más importantes estudiosas del tema, habla de unos 33.000 menores (1996: 218)⁴, mientras que Jesús Alonso Carballés afirma que solo desde el frente Norte entre marzo y octubre de 1937 se evacuaron por mar unos 40.000 niños (2013: 109). Las condiciones de acogida en el extranjero y los avatares del regreso o de su imposibilidad fueron muy diferentes, según los diferentes destinos, entre los cuales estuvieron Francia, Bélgica, Inglaterra, la Unión Soviética, México y en medida menor Suiza, Holanda y Dinamarca, pero es cierto que todos padecieron el alejamiento de las familias a causa de una guerra fratricida, cuyos horrores y sufrimientos ya habían experimentado, y sin tener ninguna seguridad de volver a ver vivos a los padres y hermanos.

Por falta de espacio, aquí solo puedo resumir a grandes rasgos la historia más bien penosa, como no es difícil imaginar, de los que llegaron a México el 7 de junio de 1937. Para ellos se creó la Escuela Industrial España-México, implantada en dos antiguos seminarios de la ciudad de Morelia⁵, en el estado de Michoacán, al cuidado de personal mexicano. A pesar de que esta institución gozó de notables recursos económicos, la improvisación y el desorden generalizado reinaron en los primeros meses. A finales del año se sustituyó al director, Lamberto Moreno, y el nuevo, Roberto Reyes Pérez, cambió por completo el personal e impuso una disciplina paramilitar⁶. Paulatinamente se acogieron en la escuela también a niños mexicanos.

Según el testimonio de los propios internados, las mayores plagas en la escuela de Morelia fueron el caciquismo de algunos de los mayores, entre los cuales hubo chicos muy conflictivos, que a menudo explotaban a los más pequeños o más débiles y les imponían toda clase de humillaciones y bromas pesadas, y la falta de higiene que dio lugar a epidemias de sarna, tiña, piojos y pulgas, además de la presencia de ratas; a todo esto hay que sumar por supuesto la grave penuria afectiva y el sentimiento de abandono. Como dice Dolores Pla, que la escuela no fue un lugar agradable para vivir lo demuestra el hecho que las fugas eran constantes.

En los años siguientes algunos de los chicos mayores se enviaron a diversas ciudades para continuar los estudios en escuelas secundarias. Cerca de 45 fueron

⁴ Los datos que proporciona Alted Vigil proceden del recuento efectuado por la Delegación de Repatriación de Menores del gobierno franquista.

⁵ En Morelia había nacido el presidente Lázaro Cárdenas.

⁶ Roberto Reyes ya en 1940 publicó un volumen testimonial sobre su experiencia, titulado *La vida de los niños iberos en la patria de Lázaro Cárdenas. Treinta relatos* (Reyes Pérez, 1940).

destinados a Ciudad de México donde se creó para ellos la Escuela España-México 2, que, a pesar del nombre, fue más bien un simple internado⁷. Hay que decir, no obstante, que muy pocos acabaron la secundaria. En cuanto a las chicas, al llegar a la adolescencia, se convirtieron en un problema para los responsables de la escuela y fue así como algunas terminaron en sendos conventos de monjas españolas en Puebla y en Ciudad de México, en circunstancias poco claras, aunque en ambos casos gracias a la intervención de damas españolas de la antigua colonia.

Es un hecho que los antiguos residentes españoles, en su mayoría conservadores, no concertaban con la educación socialista y anticlerical que el gobierno de Lázaro Cárdenas les estaba impartiendo a estos niños e intentaron de muchas maneras intervenir en su destino. Al finalizar la Guerra civil, las organizaciones de los antiguos residentes pidieron al gobierno mexicano que repatriara a los niños españoles, pero solo se autorizó la vuelta a España para los niños que fueran reclamados individualmente por sus padres, eso es, entre 50 y 70; de estos una buena parte, desilusionada con las condiciones de vida en la península y por el sentimiento de enajenación respecto a su propio entorno familiar, decidió volver a México (Pla Brugat, 2003: 174)⁸. También fueron decepcionantes en muchos casos los reencuentros de los niños de Morelia con sus familias cuando, muchos años más tarde, lograron reunir los medios económicos para que estas viajaran a México.

En 1943 salieron del internado los últimos niños, menos siete que no pudieron hacerlo porque habían muerto por causas diferentes durante su estancia en el colegio; fueron trasladados a Ciudad de México donde se crearon seis casas-hogar en las que se alojaban alrededor de 25 chicos o chicas cada una. La creación de estas casas, que representaron el mejor momento en la vida de los niños de Morelia, fue posible gracias a que los fondos destinados a ayudas a los refugiados republicanos pasaron a ser administrados por el gobierno mexicano, que los destinó en parte para estos chicos, aunque fueron exiliados españoles los que se hicieron cargo del funcionamiento de las casas. En 1945 los fondos fueron entregados al recién constituido gobierno republicano en el exilio, que los dio por agotados tres años más tarde, con lo que se cerraron las últimas tres casas-hogar que todavía existían. Los residentes se vieron en la calle de un día para otro con solo 50 pesos que se les dieron para las primeras necesidades (Mateo Gambarte, 1996: 225). A pesar de que muchos ya habían alcanzado la edad suficiente para valerse por sí solos, el cierre de las casas provocó cierto resentimiento y de hecho los niños de Morelia nunca se sintieron totalmente parte de la comunidad de los refugiados españoles en México.

Se ha calculado que de los 454 o 456 niños salidos de España, solo el 13% volvieron definitivamente a España, mientras que el 35% se estableció en Ciudad de México y el 16% en otras ciudades del país; hay un 5% que fue a parar a otros países y

⁷ En la Escuela Industrial España-México de Morelia, en cambio, además de recibir clases de educación primaria, los chicos y las chicas asistían por la tarde a talleres de electricidad, carpintería, mecánica, costura y zapatería (Moreta Lara, 2017: 42).

⁸ A este propósito se puede ver el testimonio de Francisco González Aramburu, ex niño de Morelia, recogido por Bernard Sicot (2004) sobre el que volveré más adelante.

del resto no se tiene información (Pla Brugat, 2003: 174). A diferencia de los hijos de los refugiados, poquísimos cursaron estudios universitarios; no obstante, y a pesar de las difíciles condiciones de su infancia, la mayoría de los niños de Morelia de los que se tiene noticia alcanzaron un buen nivel de vida como empleados o dueños de alguna pequeña o mediana empresa.

Ahora bien, acerca de la odisea de los menores evacuados se han venido publicando en las últimas décadas no pocos relatos testimoniales de los protagonistas, tanto escritos por ellos en forma de memorias, como recogidos oralmente por algún investigador, además de una abundante cantidad de estudios de carácter histórico o sociológico, entre los cuales destacan los dedicados a los niños vascos, que efectivamente fueron los más afectados por estas medidas⁹.

En cuanto a los niños de Morelia, a parte el ya citado testimonio del director de la escuela, en 1953 apareció en México un pionero estudio de Vera Foulkes, que intentaba reconstruir la experiencia de la Escuela España-México (Foulkes, 1953). Sin embargo, fue a mitad de los ochenta cuando se publicaron dos obras que dieron a conocer a un público algo más extenso las vicisitudes de los niños de Morelia: el relato autobiográfico de Emeterio Payá Valera, *Los niños españoles de Morelia. El exilio infantil en México* (1985), y la monografía de la historiadora Dolores Pla Brugat, *Los niños de Morelia: un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México* (1985), que a su vez recoge muchos testimonios directos. Ambas obras dejan entrever un juicio más bien crítico hacia una experiencia que, fundada en la solidaridad, se convirtió para muchos en una historia de abandono y desencuentros a los que se añadía la desagradable sensación de haber sido víctimas, no solo de una guerra en la que no habían tomado parte, sino también de cálculos políticos posteriores. Como he dicho, los niños de Morelia nunca se sintieron parte del exilio republicano, que tampoco los reconoció como propios, con alguna notable excepción, como la de Emilio Prados. Los niños de Morelia fueron “los pobres entre los pobres” y “unos exiliados aparte” según las expresivas afirmaciones de uno de ellos, Francisco González Aramburu, en la ya citada entrevista recogida por Bernard Sicot (2004: 227 y 238)¹⁰. En cualquier caso, las obras mencionadas antes, publicadas en México, tuvieron escasa eco en España, donde es solo a partir de finales de la década siguiente cuando empiezan a aparecer estudios y testimonios sobre el exilio infantil, incluyendo en dicha expresión a los niños evacuados, que en algunos casos vinieron a ser los que hoy día llamaríamos “menores extranjeros no acompañados”¹¹.

⁹ Los estudios históricos y sociológicos son reseñados en Alonso Carballés (1997 y 2013).

¹⁰ Aramburu, ex niño de Morelia, fue escritor y traductor. Trabajó durante muchos años para las editoriales Siglo XXI y Fondo de Cultura Económica. Fue también informante de Dolores Pla. Significativos en la entrevista son su relato de la efímera vuelta a España a finales de los cuarenta, con su regreso definitivo a México pocos meses después, y los recuerdos de Emilio Prados.

¹¹ Estudios y testimonios sobre los niños evacuados han dado lugar también a distintas exposiciones, programas de televisión y páginas web, sobre los que remito a Alonso Carballés (2013: 113-114).

LOS NIÑOS EVACUADOS EN LA LITERATURA

“No quiero que escribas una biografía, prefiero que hagas ficción, una novela. Las biografías no tienen vida, las novelas, en cambio, sí” (Uribe, 2013). Estas palabras, dichas por Carmen Mussche, hija del escritor flamenco Robert Mussche, sobre el que volveré dentro de poco, llaman la atención sobre la fundamental importancia de la ficción basada en acontecimientos reales en la lucha contra la desmemoria y el olvido.

Desafortunadamente, por lo que se refiere a los niños evacuados durante la Guerra civil hay que destacar la llamativa escasez de creaciones literarias que se centren y hagan revivir sus experiencias, dándolas a conocer de este modo a un público mayoritario. El cuento de Max Aub del que partimos es una de las pocas excepciones e incluso por eso lo considero importante, teniendo en cuenta también la fecha de su redacción¹². Otra excepción es la novela del escritor vasco Luis de Castresana, *El otro árbol de Guernica*, publicada en Madrid en 1967, que relata las peripecias de un grupo de niños vascos evacuados a Bélgica en el verano de 1937 y basada en las propias experiencias del escritor. La novela tuvo gran éxito: el mismo año de su aparición ganó el Premio Nacional de Literatura y dos años más tarde el director Pedro Lazaga la llevó al cine con el mismo título, pero falseando en favor de la ideología franquista el tono de la obra original¹³. Todavía hoy el relato de Castresana goza de gran popularidad como demuestra la publicación de la 36ª edición en abril de 2019. Dice el autor al prologar su obra:

Mientras los adultos combatían en España por aquello que les separaba, los niños evacuados al extranjero lucharon infantil y tenazmente tratando de mantener vivo todo aquello que les unía [...]. Estos niños y estas niñas combatieron en otra guerra: una pequeña guerra sorda y desconocida, heroica y difícil que ellos ganaron tras las tapias altas y grises del “Fleury”, hace ahora treinta años. (Castresana, 2019: 7-8)

Después de la aparición de esta obra temprana, otros “niños de la guerra”, mayoritariamente aquellos que no regresaron al finalizar la contienda o que lo hicieron muchos años más tarde, dieron a conocer sus experiencias en relatos autobiográficos que fueron apareciendo a partir de la década de los ochenta¹⁴. Estas obras, que no tenían

¹² Señalo que en la edición de las *Obras completas* (Aub, 2006), la única comentada y anotada de este cuento, no hay referencia alguna a la historia de los niños de Morelia por parte de los editores.

¹³ Acerca de las diferencias entre la novela y la película se puede ver Fernández (2011). Castresana, a raíz del interés despertado por su novela, publicó años más tarde un volumen, *La verdad sobre El otro árbol de Guernica* (1972), en el que explica cuáles son los episodios verdaderos de la novela y cuáles son los imaginarios.

¹⁴ Sin pretensión de exhaustividad señalo los siguientes: Antoniette Galcerán-Bel, *Un chemin fragile*, Toulouse, Eché 1984; José Fernández, *Mi infancia en Moscú*, Madrid, Ediciones del Museo Universal, 1988; Javier Sagastizabal, *Hubo que aprender a sonreír. El exilio de un niño de la guerra*, Bilbao, Gamaritz, 1995; Élise Barou-González, *Le dernière été à Madrid: récit d'un exil définitif*, Paris, Claude Bussy, 1998; Virgilio de los Llanos Más, *¿Te acuerdas tovarich? Del archivo de un niño de la guerra*, Valencia, Alfonso el Magnánimo, 2002; Isabel Argentina Álvarez Morán, *Memorias de una niña de la guerra*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2003; Emilia Labajos Pérez, *La casa de los geranios. Una lucha discreta pero tenaz contra el olvido*, Bruxelles, 2003.

pretensiones literarias, tuvieron una difusión mucho menor, pero en conjunto contribuyeron a ampliar el conocimiento de este fenómeno.

Sin embargo, lo que llama la atención es el escaso interés acerca de este tema de los novelistas españoles actuales, entre los cuales la Guerra civil ha ejercido una arrolladora fascinación que no parece disminuir con el paso de los años, pero que han dejado de lado casi por completo a los niños implicados en el conflicto. El único caso que conozco es la novela del escritor vasco Kirmen Uribe, *Mussche*, publicada en 2012 y traducida al castellano en 2013¹⁵. La obra relata de forma ficcional la biografía del escritor flamenco Robert Mussche que acogió en su casa a una niña vasca. La novela cuenta las consecuencias de esta acción humanitaria en la vida del escritor, que fue corresponsal en la Guerra civil española y luego miembro de la resistencia de su país contra la ocupación nazi¹⁶. Al cambiar el punto de vista en favor de quien acogió a los niños, Uribe nos da una buena muestra de las posibilidades de la literatura de tratar el tema de los niños de la guerra sin caer en un patetismo conformista. Por último, quiero mencionar, como indicio quizá de un creciente interés en el tema, el álbum ilustrado para niños *Mexique el nombre del barco* de la escritora chilena María José Ferrada con dibujos de la valenciana Ana Penyas (2017), publicado también en Italia, que se centra en la travesía en barco hacia México de los niños de Morelia.

Aunque en este trabajo me ocupo principalmente de literatura, señalo que el cine se ha interesado algo más en las evacuaciones de menores durante la guerra. Sin poder detenerme en este punto, me limito a aludir a unas pocas películas, partiendo de *Guernika*, documental dirigido por Nemesio Sobrevila en 1937 y rodado con el apoyo del gobierno vasco, en el que aparecían escenas auténticas de despedida de las familias de los niños evacuados como de su posterior vida en los lugares de acogida, escenas que han venido reproduciéndose a menudo en los documentales más recientes. De enfoque opuesto, *Murió hace quince años* de Rafael Gil (1954), basada en el texto teatral del mismo título de José Antonio Giménez Arnau, a través de un enredo ficcional melodramático intenta descalificar de forma maniquea la educación ideológica que los niños españoles recibieron en la URSS¹⁷. Los niños enviados a Rusia aparecen también en *Ispansi* de Carlos Iglesias (2010), aunque no como protagonistas, y a ellos está dedicado también el apreciado documental de Jaime Camino, *Los niños de Rusia* (2001), entre otros.¹⁸ En cuanto a los niños de Morelia, también podemos contar con el magnífico documental del 2004, *Los niños de Morelia*, realizado por Juan Pablo Villaseñor, entrevistando a seis

¹⁵ En castellano se publicó con el título *Lo que mueve el mundo*. Acerca del proceso de elaboración de la novela se puede leer el relato del mismo autor publicado en el *País semanal*, en el que se encuentran las palabras de la hija del escritor citadas unas líneas más arriba (Uribe 2013).

¹⁶ Mussche fue deportado en el campo de Neuengamme y al terminar la guerra encontró la muerte en la tragedia del barco Cap Arcona, repleto de prisioneros de los nazis, bombardeado por error por la aviación inglesa en la bahía de Lübeck el 3 de mayo de 1945. Cf. <http://www.insumisos.com/diplo/NODE/689.HTM>

¹⁷ Sobre esta película remito a Deltell (2011).

¹⁸ Sobre el documental de Camino se puede ver Brémard (2008).

supervivientes de aquella peculiar experiencia¹⁹. Otros documentales están disponibles actualmente en la red.

Pasando a la producción dramática sobre este tema, también muy escasa, señalo la obra teatral del escritor mexicano Víctor Hugo Rascón Banda, *Los niños de Morelia*, del 2007, repuesta varias veces en los teatros mexicanos²⁰, y la del dramaturgo catalán Albert Tola, *Los niños oscuros de Morelia* de 2014, publicada en 2015 en las Ediciones del Teatro del Astillero²¹. Este drama, que se ha representado en varias ocasiones en Madrid, Barcelona y otras ciudades, luce un planteamiento original, al poner en escena dos niños que se encierran en un camarote durante la travesía a México y cuyos juegos siniestros anticipan lo que les espera en el internado de Morelia.

ENTRE LA INDIFERENCIA Y LA DESMEMORIA: “EL ZOPILOTE” DE MAX AUB

Vuelvo ahora brevemente para terminar al cuento de Aub, que fue publicado, como queda dicho, en 1964 en el volumen *El zopilote y otros cuentos mexicanos* (Aub, 1964). Es un cuento brevísimo, como tantos de Aub, basado casi exclusivamente en el diálogo. Utilizando una técnica impresionista y recursos típicos de la autoficción —el narrador parece identificarse con el autor—, Max Aub nos presenta con pocas pinceladas una situación anodina: un teléfono estropeado, las idas y vueltas al pueblo para utilizar el teléfono público, dos personajes sin nombre de clase alta y un intelectual, el narrador, que intercambian impresiones insustanciales. En medio de tanta normalidad el encuentro casual con un ciego mudo con la cara carcomida, apodado el Zopilote, nos sumerge durante un instante en todo un mundo de acontecimientos trágicos. Vemos al niño de seis años, traumatizado por los bombardeos que lo dejaron huérfano de padre y madre, subir a un barco, con otros niños y adultos desconocidos, hacia un país tan lejano como México; lo vemos extraviarse, una vez llegado, por alguna casualidad que no conocemos y sufrir aterrado el ataque de los zopilotes, que lo desgraciaron para siempre hiriéndole en los ojos y en la cara y causándole además la pérdida de la palabra a consecuencia del insufrible espanto. A todo esto, se suman la posterior falta de cuidados y el abandono en que el niño se vería obligado a vivir, que, aunque no se mencionan, se infieren de sus condiciones. Un conjunto de horrores que sin embargo no parecen hacer mella en la apacible rutina de los anfitriones del narrador. El sentido de indiferencia se nos transmite también a través del hecho de que las informaciones acerca del ciego no se nos dan seguidas, sino que se dejan caer poco a poco, en medio de otros discursos. Estamos a principios de los sesenta y evidentemente la guerra de España se ha convertido ya en una referencia borrosa, si no olvidada (“cuando la guerra de España”). De hecho, parece que a nadie ya le interesa²². Escasa importancia se le da también al lugar de origen del niño que permanece indefinido (“en Valencia o en

¹⁹ Las entrevistas completas fueron recogidas posteriormente en Villaseñor (2007)

²⁰ Sobre este texto y sus puestas en escena remito a Mijares (2019).

²¹ Le agradezco a Manuel Aznar Soler la información sobre esta interesante obra, que yo no conocía.

²² Algo que le dolía mucho a Max Aub, como puede comprobarse en tantos escritos suyos y especialmente en *La gallina ciega* (Aub, 1971), amargo diario de su estancia en España en 1969.

Barcelona no sé”) y el mismo ciego parece haber borrado su infancia de la memoria. Más tarde, alguien dice que los zopilotes que vuelan alto en el cielo parecen aviones y nosotros no podemos no pensar que sí, que hay un nexo, que al niño los zopilotes le causaron posiblemente el mismo terror que los aviones que bombardeaban su ciudad. El cuento se cierra poco después con una afirmación prosaica, aunque certera: “son muy útiles, acaban con la basura”, que sin embargo se vuelve escalofriante si la conectamos con la penosa historia que acabamos de conocer.

Difícil añadir otras palabras para comentar este cuento.

Es un hecho que las guerras no deberían existir, ni tampoco los éxodos de las personas que huyen de persecuciones, destrucción y hambre, y que si estas cosas existen es un deber moral universal tratar de preservar a los niños de tales horrores, a sabiendas de que casi nunca es posible. Es lo que intentaron hacer algunos padres españoles durante la guerra, mandando a sus hijos al extranjero, aunque a menudo con menos suerte de la que esperaban. Carece de importancia establecer si hicieron bien o mal, lo que importa sería empeñarnos para que en futuro ninguna madre ni ningún padre se vea en la misma situación. Hablo del futuro porque desdichadamente hoy estamos muy lejos de haberlo conseguido.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO CARBALLÉS, Jesús (1997): “La historiografía sobre *los niños del exilio*: la historia olvidada”, *Exils et migrations ibérique au XXe siècle*, 3-4, pp. 167-184.
- ALONSO CARBALLÉS, Jesús (2013): “Los ‘Niños de la guerra’ o las huellas del exilio infantil de la Guerra Civil en el espacio público”, *Historia Social*, 76, pp. 107-124.
- ALTED VIGIL, Alicia (1996): “Las consecuencias de la Guerra Civil española en los niños de la República: de la dispersión al exilio”, *Espacio, Tiempo y Forma*, serie V, 9, pp. 207-228.
- AUB, Max (1964): *El zopilote y otros cuentos mexicanos*, Barcelona: Edhasa.
- AUB, Max (1971): *La gallina ciega. Diario Español*, México: Joaquín Mortiz.
- AUB, Max (1995): *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto mágico*, Barcelona: Alba.
- AUB, Max (2006): “El zopilote”, en Llorens Marzo, Luis; Lluch Prats, Javier (eds.): *Relatos II. Los relatos del Laberinto mágico, Obras completas de Max Aub*, vol. IV B, Valencia: Generalitat Valenciana/Institució Alfons el Magnànim, pp. 387-388.
- BRÉMARD, Bénédicte (2008): “Jaime Camino, *Los niños de Rusia* (2001): siguiendo el camino de la memoria”, *Foro hispánico. Revista hispánica de Flandes y Holanda*, 32, pp. 65-76.
- CAMINO, Jaime (2001): *Los niños de Rusia*, guion, dirección y producción de Jaime Camino, España, 93’.
- CASTRESANA, Luis de (1967): *El otro árbol de Guernica*, Madrid: El Arenal [36ª ed. (2019), Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias].
- CASTRESANA, Luis de (1972), *La verdad sobre El otro árbol de Guernica*, Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca.
- DELTELL ESCOLAR, Luis (2011): “*Murió hace quince años*. Biografía inventada de ‘Los niños de Rusia’”, en Camarero Gómez, M. Gloria (coord.): *La biografía fílmica: actas del Segundo Congreso Internacional de Historia y Cine*, Madrid: T&B, pp. 430-456.
- FERNÁNDEZ, Joxean (2011): “La memoria cinematográfica franquista de la Guerra Civil en el País Vasco”, *Amnis*, 2.
- FERRADA, María José-Ana Peña (2017): *Mexique el nombre del barco*, Barcelona/Buenos Aires/Ciudad de México: Libros del Zorro Rojo [trad. it. (2019): *Una nave di nome Mexique*, Firenze: Clichy].
- FOULKES, Vera (1953): *Los niños de Morelia y la Escuela España -México. Consideraciones analíticas sobre un experimento social*, México: UNAM.
- GIL, Rafael (1954): *Murió hace quince años*, guion de Vicente Escrivá y Ramón D. Faraldo, basado en la obra teatral de José Antonio Giménez Arnau, España, ASPA Producciones Cinematográficas, 101’.
- IGLESIAS, Carlos (2010): *Ispansi*, guión de Carlos Iglesias, España 2011, 115’.
- MATEO GAMBARTE, Eduardo (1996): *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*, Lleida: Universidad de Lleida/Pagès Editors.
- MIJARES VERDÍN, Enrique (2019): “Los niños de Morelia en el teatro y en la literatura teatral mexicana”, *Theatralia*, 21, pp. 255-267.

- MORETA LARA, Miguel (2017): “Los pequeños exilios en México”, *Transatlantic Studies Network*, 4, pp. 39-48.
- PAYÁ VALERA, Emeterio (1985): *Los niños españoles de Morelia. El exilio infantil en México*, México: Edamex.
- PLA BRUGAT, Dolores (1985): *Los niños de Morelia: un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PLA BRUGAT, Dolores (2003): “Los niños del exilio español en México”, en Alted Vigil, Alicia; González Martell, Roger; Millán, María José (eds.): *El exilio de los niños*, Madrid: Sinsentido, pp. 163-175.
- RASCÓN BANDA, Víctor Hugo (2007): *Los niños de Morelia*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- REYES PÉREZ, Roberto (1940): *La vida de los niños iberos en la patria de Lázaro Cárdenas. Treinta relatos*, México: América.
- SICOT, Bernard (2004): “Témoignage d’exil: Francisco González Aramburu, ex ‘niño de Morelia’”, I y II, *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, 1, pp. 221-258.
- SOBREVILA, Nemesio Manuel (1937): *Guernika*, producido por Sección de Propaganda del Gobierno de Euzkadi/Nemesio Sobrevila, España, 23’.
- TOLA, Albert (2015): *Los niños oscuros de Morelia*, Madrid: Ediciones del Teatro del Astillero.
- URIBE, Kirmen (2012): *Mussche*, Zarautz: Susa [trad. cast. (2013): *Lo que mueve el mundo*, Barcelona, Seix Barral].
- URIBE, Kirmen (2013): “Un héroe como nosotros”, *El País semanal*, 20 de marzo.
- VILLASEÑOR, Juan Pablo (2004): *Los niños de Morelia*, México, 95’.
- VILLASEÑOR, Juan Pablo (2007), *23.296 días después. Los niños de Morelia*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.